

Capítulo 2

Los inicios nunca fueron fáciles

Sonó la campana que indicaba el inicio de las clases, la rutina y el final de dos días de descanso; pero a Sebastián ese sonido le suponía algo más, era el inicio de una nueva vida que nada tenía que ver con su pasado.

A los pocos minutos del inicio de la clase, Sebastián se encontraba delante de todos sus compañeros, inmóvil, estático, asustado y sin tener conocimiento de nada de lo que le rodeaba. Se sentía observado, criticado y analizado por la inmensidad de animales, más o menos pensantes, que, a su parecer, se encontraban en esa aula.

Don Bernardo hizo una breve y escueta presentación del alumno, en la cual no explicaba ninguno de los verdaderos motivos por los que vino a parar a este pueblo. Sebastián, sin articular palabra, asentía con un gesto en su cara a todo lo narrado por el profesor.

A continuación don Bernardo le cedió la palabra, pero él se negó a hablar, lo que provocó la risa de algunos de sus compañeros y la duda e intriga de otros. Justo después de este hecho Sebastián despegó la vista del suelo por primera vez. Observó la inquieta y penetrante mirada de cincuenta pupilas expectantes ante cualquier movimiento que él hiciera.

En ese momento se percató de que su vida en Tordesillas iba a resultar mucho más difícil de lo que él había imaginado. Durante los pocos segundos que levantó la vista, pudo observar la disposición de los alumnos, los cuales estaban por parejas, excepto uno de ellos. Esa disposición le hizo pensar, ya que parecía que su llegada estaba premeditada. Y, como esperaba, don Bernardo, le sugirió que se sentara en el pupitre que estaba libre, pupitre que se situaba en el centro del aula, lo cual le creó una sensación de abatimiento mayor de la que ya poseía.

Una vez situado en su lugar correspondiente, Sebastián adoptó una actitud pasiva que mantuvo durante todo el día. De nada sirvieron los intentos de los profesores y alumnos por intentar que se sintiera cómodo; él siguió ensimismado y ausente. Sólo pensaba en que todo lo que le estaba sucediendo era un sueño y que al día siguiente todo volvería a la normalidad, es decir, que volvería a estar en Murcia, al lado de su amada, María, y recibiendo las clases adicionales que le proporcionaba

don Roberto. Pero todo se quedó en eso, en un sueño, pues a la mañana siguiente tuvo que volver al instituto Alejandría.

Su segundo día de clase tampoco le hizo cambiar de opinión, aunque su comportamiento ya no fue tan indiferente como el del día anterior. Empezó a relacionarse, pero no muy convencido. Su compañera de pupitre, Irene, se mostró muy cercana y con ganas de ofrecerle su ayuda, aunque Sebas la negó.

Llegó la tercera clase del día, que correspondía a una asignatura optativa. Para la mayoría de los alumnos se trataba de Tecnología de la información, aunque Sebas no la cursaba. En sustitución de ésta, a él le tocaba francés, asignatura que no le gustaba mucho, pero que eligió por insistencia de su padre, ya fallecido, porque éste le convenció de que los idiomas eran un medio indispensable para el futuro. Durante el transcurso de esta clase experimentó sensaciones que había olvidado como el disfrute de los buenos momentos.

Paralelamente a la clase de francés, un pequeño grupo de alumnos estaban recibiendo la asignatura de Psicología, la cual era impartida por Carmen, la psicóloga y orientadora del centro. Aprovechando que sus alumnos estaban estudiando las diferentes adaptaciones del ser humano ante diferentes situaciones, propuso un doble ejercicio a sus alumnos: analizar al ser humano ante un cambio brusco en su vida. Para ello podían pensar y reflexionar sobre la actitud de Sebastián.

Cuando Carmen propuso este ejercicio, la mayoría de los estudiantes se olvidaron del tema, excepto dos, Cristina y Alicia, dos jóvenes muy aplicadas, pero a la vez muy alocadas. Nada más terminar la clase empezaron a idear un pequeño plan para obtener la información que Carmen les había propuesto. Para ello pidieron ayuda a tres de sus compañeros, Álvaro, Irene y Samuel. Estos tres alumnos coincidían con él en la mayoría de las clases, por tanto, lo podían observar mejor y podrían empezar a relacionarse con él. Además Irene se sentaba a su lado y es con quien tenía un trato, inevitablemente, mayor.

Así pasó el tiempo y después de diez días los cinco alumnos empezaron a obtener conclusiones comunes. A todos les sorprendió que coincidieran en un dato. Sebastián ocultaba aspectos de su pasado que no quería que se supieran, porque siempre que se le hablaba o comentaba sobre ciertos temas desviaba la conversación, de una manera muy sutil, hacia temas que le interesaban. Este hecho provocó que se preguntaran el porqué de sus miedos y la intriga y ganas de conocerlo.

De esta manera empezaron a indagar y hacer preguntas a los profesores sobre el pasado de Sebastián, pero nadie les respondió. Entonces los cinco alumnos se dieron cuenta que sólo existía un modo de saberlo, y era el más complicado de todos: preguntárselo a Sebastián. Para ello se fueron acercando poco a poco, fueron ganándose su confianza, fue un proceso lento, pero con el que, a la vista de los jóvenes, se iban obteniendo resultados.

Fueron pasando los días y las semanas hasta que llegó la segunda semana de marzo, y con ella, los exámenes trimestrales. El estrés se podía percibir hasta en las pisadas de los alumnos. Pero este trance no alteró a Sebastián, sino que le proporcionó mayor seguridad y confianza en sí mismo, llegando incluso a crear momentos en los que no se acordaba de Murcia.

Su madre, que no podía pasar mucho tiempo con él, debido a su trabajo en la bodega, lo notaba cada vez mejor, lo que la reconfortaba y daba fuerzas para seguir adelante, aunque la relación entre ambos seguía prácticamente igual, ya que la culpaba de todo. Sobre todo de estar viviendo en Tordesillas, lugar en el cual él nunca podría ser feliz. Pero esa visión tan fatídica y oscura que tenía de Tordesillas se fue borrando poco a poco gracias al apoyo que recibió por parte de todo el mundo que lo rodeaba, pero especialmente de sus cinco "amigos" a los cuales él llamaba, para sí, "catetos pensantes" (debido a un motivo que, más adelante, se podrá explicar).

Sebastián se encontraba cada vez mejor, tenía mayor confianza y le apetecía vivir, un hecho inimaginable tan solo hace unas semanas. Gracias al apoyo que sintió por parte de Irene y Alicia pudo olvidar los miedos que lo traumatizaban, hasta el punto de empezar a contar, muy por encima, su anterior vida en Murcia. Esto le provocó tristeza y añoranza y que se preguntara por el estado de salud de don Roberto. Por eso, cuando llegó a casa buscó su agenda y llamó a uno de sus mejores amigos, Pedro, que se alegró mucho de poder oírlo.

Una vez finalizada la llamada, se tumbó en la cama y empezó a llorar como un niño de dos años. Se lo acababa de confirmar su amigo, hacía unas horas acababa de fallecer don Roberto, el mejor profesor que nunca había tenido. La noticia le dejó muy tocado y dolido, hasta el extremo de crearle una crisis de ansiedad. A los pocos minutos de este hecho aparecía su madre en casa. Al verlo tirado en el suelo de su habitación, con síntomas de asfixia, Luisa se alarmó tanto que no supo qué hacer. Después de varios intentos fallidos por cogerlo, llamó a sus vecinos, los cuales ayudaron a Luisa a llevar a su hijo al hospital, donde le atendieron de una manera muy rápida.

Tras controlarle el ritmo cardiaco y permanecer un par de horas en observación, Sebastián y su madre regresaban a casa. Una vez de nuevo allí, Sebastián explicó a su madre la muerte del profesor. Luisa comprendió a su hijo y ambos, permanecieron afligidos durante el resto del día.

Al día siguiente, en el instituto, Sebastián se vio arropado por todos sus compañeros, pero especialmente por Cristina, quien sabía a la perfección lo que era perder a un ser querido. Sebastián entró en un nuevo período de abatimiento sentimental, que supo superar gracias a una nueva inquietud que surgió en él, ya que empezó a sentir algo por una chica de su clase, pero no quiso decir nada a nadie. Era el apoyo moral que necesitaba y, además, lo tenía muy cerca aunque, todavía, no podía disfrutar de él. No quiso decir nada porque no soportaría que le volviera a ocurrir lo que le sucedió con María, es decir, que todo el mundo supiera sus sentimientos hacia su compañera, pero que ella no le correspondiera.

Casi ya terminado el trimestre, Cristina y Alicia se disponían a terminar el trabajo que Carmen les había propuesto. Sólo les faltaba un pequeño dato para que ellas se sintieran orgullosas del trabajo en su totalidad, pero por falta de tiempo y evitar una situación un tanto incómoda con Sebastián prefirieron finalizarlo y poner punto y final al tema que durante tantas horas habían analizado.

Y por fin llegó el día que Cristina y Alicia estaban esperando: iban a entregar el trabajo de Carmen. Se sentían en parte mal por haber "espiado" la vida de Sebastián, un chico del que se sentían muy orgullosas de ser sus amigas.

Pero un hecho que nadie se imaginaba ocurrió: en el cambio de clase Cristina y Alicia se dejaron el trabajo encima de la mesa, visible para cualquier persona. Sebastián pasó cerca de él y pudo leer el título: "Sebastián, su vida desde el principio."

Este hecho le dejó destrozado, ya que comprendió que durante todo ese tiempo había sido una "rata de laboratorio" con la que habían estado jugando. No se lo podía creer, no sabía qué hacer, y al final optó por dejar de hablar a las únicas personas de Tordesillas en las que creía, a las que estaba empezando a considerar como amigas, los cimientos de su nueva vida.

Este hecho, sumado a la muerte de don Roberto, le minó la poca moral que le quedaba. Ese día fue otro de los tantos malos que Sebastián venía acumulando desde un tiempo atrás, en los que ni su situación moral, ni su situación en los estudios mejoraba.

Pero esa misma noche ocurrió un acontecimiento que dio un cambio radical a todo el resto de su vida y que afectó a todos los que le rodeaban. Todo comenzó cuando Sebas, después de despedirse de su madre, que había trabajado arduamente en la bodega de su tía, se fue a acostar deseoso de olvidarse de todo. Rápidamente cayó atrapado en un profundo sueño que lo transportó a otro mundo, un mundo en el que volvía a Murcia, a su casa, con sus amigos, y... sobre todo con su querido y añorado don Roberto.

Don Roberto se encontraba donde casi siempre, apartado, en el banco de la primera planta, con su gesto cabizbajo, como triste, que hacía que de él se desprendiese una sensación afable y tranquila, humana.

Sebastián lo saludó alegremente, pues no era consciente de la realidad, pensando en que nada había pasado y que todo seguía igual. Don Roberto, medio asustado y emocionado lo saludó ante la sorpresa, y con un tono melancólico le dijo: "Carpe diem, hijo", "aprovecha el tiempo y no te hundas ante nada, pues debes ser fuerte, valiente y afrontar al mundo mirándolo directamente a la cara, sin dejarte avasallar por nadie ni por nada. Debes poner en práctica todo lo que te he enseñado y aportarle el coraje necesario para superar cualquier obstáculo que te surja en tu camino; el camino de tu vida".

Don Roberto le extendió la mano a Sebastián y con una lágrima en su cara desapareció, dejándolo solo, indefenso como una madre abandona a sus crías ante ese transcurso del tiempo en el que crecemos y nos desarrollamos influenciados por buenas y malas experiencias, cuyo nombre es conocido comúnmente como "vida".

Don Roberto dio paso a una figura que, en los últimos momentos, estuvo desaparecida para Sebastián, pero que fue su única y mayor referencia durante el resto del tiempo. Era su padre. Estaban los dos juntos, en su pequeño barco, navegando por el Cabo de Palos, como en los viejos tiempos en los que todo eran buenos presentimientos y alegres momentos.

Todo seguía igual que antes, pero esta vez era diferente, como si el cielo estuviera menos azul, y el mar menos agitado; como si ésta fuera la última. El padre de Sebas, Ángel, no tenía esa sonrisa en la cara que le caracterizaba; es más, tenía un gesto que denotaba tristeza.

Sebastián y su padre se miraron fijamente a la cara, y sin necesidad de mediar una sola palabra se fundieron en un caluroso, emotivo, deseado y sobre todo necesitado abrazo. De sus caras se desprendían lágrimas silenciosas, impolutas; como si de una catarata se tratara.

La imagen tomó ya un acento de despedida; una despedida que no se había realizado antes injustamente, pero que ambos tenían derecho a vivir. De repente el barco se movió y una brisa fresca de aire le golpeó a Sebastián en la cara.

Al día siguiente Sebas amaneció emocionado con lo que le había ocurrido por la noche; triste por contemplar que su mínima esperanza de que aquello fuera real no se había cumplido, pero con el mensaje, que su añorado profesor don Roberto le había dado, bien comprendido.

Sebastián tenía las ideas claras, y comprendió que si seguía con esa actitud no iba a conseguir nada positivo. Tenía una inyección de moral, autoestima y fuerza para seguir adelante con su vida y conseguir adaptarse en su nuevo instituto a sus nuevos compañeros. Para ello comenzó el día con otro objetivo fundamental: mejorar la relación con su madre, ya que entendía que si en casa había un ambiente cordial y amistoso, sería mucho mejor para ambos y les aportaría un poquito de felicidad, a la vez que provocaría que la situación fuera mucho más llevadera. Se duchó, se vistió y bajó rápidamente a preparar el desayuno, tanto el suyo como el de su madre. Ésta se llevó una gran sorpresa e incluso se emocionó porque en ese pequeño gesto vio un haz de esperanza que les auguraría un buen futuro.

Y así fue, pues Sebas comenzó a ser una persona más abierta y mejoró la relación con sus compañeros, llegando incluso a quedar con ellos para salir por las tardes, a catalogar a alguno de amigo personal al que le contaba sus inquietudes y sentimientos, y además desarrolló un sentimiento especial hacia una chica de su clase, lo que le ayudaba a olvidar su relación con María Casares.

Pero no sólo en el ámbito social comenzó a mejorar Sebas; sino que en los estudios los profesores apreciaron un mayor interés por su parte hacia sus correspondientes asignaturas, llegando a ser uno de los alumnos más brillantes de su clase, especialmente en matemáticas.